

ORIENTACIONES PARA LOS AÑOS VENIDEROS

12 Enero 1975 - Carta - Aix-en-Provence

En el origen del Instituto.- El P. De Mazenod. - Nuestro ideal, hoy.- Nuestros amigos laicos.

L.J.C. et M.I.

En esta mi primera carta quisiera saludaros a todos y expresaros mi afecto y mi deseo de ayudaros durante los próximos seis años. Quisiera también deciros cómo vislumbro mi papel al servicio de la Congregación.

“Padre y hermano de todos, afirman las Constituciones [de 1966], el Superior general tratará de comunicar a los suyos el amor del Evangelio vivido en medio de los hombres en la comunidad apostólica” (art. 137).

Cuando acepté, en noviembre pasado, la responsabilidad de Superior general, pensaba sobre todo en esto, en ese “amor al Evangelio” que es amor a Jesucristo, que hemos de esforzarnos por vivir de manera absoluta, sin reserva, “en medio de los hombres”, sobre todo de los más pobres, y “en comunidad apostólica”, es decir, como los Doce, que lo habían abandonado todo “para estar con Jesús y salir a predicar” (Mc 3, 14). Pensaba en esto, y en el primero que como oblato lo vivió íntegramente, nuestro Padre Fundador.

Aceptar ser Superior general era aceptar ponerme al servicio de mis hermanos, de todos mis hermanos Oblatos, y hacerlo según el carisma propio del Instituto.

En el origen del Instituto

He querido escribir esta carta en Aix de Provenza, en el antiguo Carmelo que nos vio nacer. ¿Por qué? Sin duda porque 1975 es el año de la beatificación del Padre de Mazenod, pero más que por eso, porque en la Iglesia de Dios tenemos raíces, la Congregación vive de un “espíritu”, de una “gracia” recibida, y esta gracia tiene su origen aquí, en esta casa, con la instalación de la primera comunidad oblata y los primeros votos pronunciados en 1816.

En aquel momento no había todavía estructuras bien definidas, ni constituciones precisas, pero había un espíritu, un amor y un celo más fuertes que todas las estructuras.

“Cuando Nuestro Señor desea ayudar a su Iglesia, emplea este medio: suscita un hombre, a quien da una gracia y una fuerza especiales para servirle de una manera particular”. Esta es “una gracia eficaz para que ese hombre saque provecho personal y la comparta con otros”. Esta gracia se convierte en cierto modo en la gracia de todo el Instituto: “Cuando esos hombres se agrupan, se forma un cuerpo, una congregación, con esa gracia propia y peculiar” (P. J. NADAL, sj, cit. por J.F. GILMONT, Paternité et Médiation du Fondateur d’Ordre, en R:A:M., 1964, p. 404s).

Como Oblatos, es el Padre de Mazenod quien “por el Evangelio nos ha engendrado en Cristo Jesús” (Aelredo de Rievaulx, cit. ib. p. 396). Ahí tenemos una realidad primera, y esta gracia del Fundador tenemos que renovarla constantemente si queremos vivir y crecer. Era el consejo de Pablo a Timoteo: reavivar el don que Dios había depositado en él por las manos del Apóstol (2 Tim 1,6). Y hay que hacerlo con fe y con amor. Lo cual no nos impide tener los dos pies bien plantados en el suelo y en el mundo de hoy. Volveré después a este punto de nuestra encarnación en el mundo actual. Por lo demás, he podido ver en Marsella, adonde también he ido, a oblatos bien encarnados entre los pobres de hoy: los vagabundos, los inmigrantes negros, los obreros que trabajan en la construcción del metro, los jóvenes ciegos... Están ahí por amor a Cristo y a los pobres, están ahí por misión. Pero no es mi intención hablaros hoy de esto. Quiero solo escribiros unas palabras sobre la gracia del Fundador y sobre lo que yo mismo me propongo, como Superior general.

El Padre de Mazenod

El Padre de Mazenod es ante todo alguien que ha encontrado a Jesucristo en su propia vida y le ha

conocido como Salvador (cf. E. LAMIRANDE, La sangre del Salvador. Un tema central en la doctrina espiritual de Mons. de Mazenod, en S.E.O. 15 (1985), 19-38) Era el viernes santo de 1807. Tenía 25 años. Se sintió rescatado por la sangre de Cristo. Su vida quedó profundamente marcada. Conmovido hasta las lágrimas, quiso responder a ese amor de Cristo con una entrega total. Esto fue lo que lo llevó primero al sacerdocio, luego a la vida misionera y finalmente a la consagración religiosa. Y en Jesucristo amó a la Iglesia, y la amó apasionadamente: “La Iglesia, dirá al final de su vida, es el precio de la sangre de Jesucristo... Amar a la Iglesia es amar a Jesucristo y viceversa”. (Pastoral del 16-2-1860).

Siendo joven sacerdote, sintió pronto la necesidad de ir a los más pobres, los más abandonados, aquellos a los que no van los demás, y de ir a ellos para enseñarles en su lenguaje “quién es Jesucristo” y cuál es la dignidad que tienen a los ojos de la fe. Muy pronto su sacerdocio se hizo sacerdocio misionero, sensible a las llamadas de los alejados y deseoso de responder con toda el alma.

Muy pronto también, como joven sacerdote y misionero, sintió la necesidad de tener compañeros y de vivir en comunidad con ellos y finalmente de comprometerse con los votos religiosos. Se puede concebir de otra manera al hombre apostólico, pero el Padre de Mazenod lo concibió así. Y en esto quedaba abierto a otras formas de cooperación, en especial a las de asociados que podrían unirse a los Padres y vivir con ellos como hermanos, sin asumir necesariamente el sacerdocio ni entregarse a obras directamente apostólicas.

Nuestro ideal hoy

Semejante ideal ¿es todavía valedero en la actualidad? Yo, personalmente, lo creo con toda el alma. Si no fuera así, jamás habría aceptado el cargo que me han confiado.

A los capitulares, especialmente a los provinciales, les dije en qué forma pensaba cumplir esa tarea:

- Con la búsqueda seria de respuestas a las cuestiones planteadas en el informe sobre el estado de la Congregación.
- Con una acción perseverante y planificada para trasladar a la vida esas respuestas.
- Con una insistencia mayor en los elementos interiores de nuestra vocación y nuestra vida.

Y en este punto precisé mi pensamiento.

En cuanto al personal oblato, por ejemplo, hay que hacer un esfuerzo por ayudar más a cada uno a situarse frente a Jesucristo y frente a los pobres a los que quiso consagrar su vida para ayudarles a descubrir a Jesucristo. Esto debe estar en la médula de la formación, primera y permanente, y en el centro del discernimiento espiritual, cuando se trate de las vocaciones o de una nueva orientación en la vocación o de un empeño que aspire a ser más de vanguardia.

Acerca de la misión oblata, hay que seguir avanzando en el sentido de la perspectiva misionera, con estas peculiaridades; una insistencia mayor en el anuncio explícito de Jesucristo, siempre que sea posible, el desarrollo del sentido del pobre en toda obra oblata, cualquiera que sea, con tal que venga de una misión recibida; el desarrollo del sentido de Iglesia y del arraigo en la vida de la Iglesia, si se quiere que la vida misionera sea auténtica; una insistencia especial en la misión ad Gentes, no necesariamente para fundar nuevas misiones, pero sí, por lo menos, para ayudar y sostener las que nos han sido confiadas; y, finalmente, un estímulo claro a compromisos misioneros nuevos, inéditos, con tal que tengan en cuenta las orientaciones anteriores: amor a Jesucristo, sentido del pobre y sentido de la Iglesia.

En cuanto a nuestra vida religiosa, hay que trabajar en la evangelización de uno mismo. Debemos volver a descubrir que Jesucristo está en el centro de nuestra vida, y que nuestro compromiso profundo sobrepasa con mucho las estructuras. Se trata de construir una amistad apostólica sin reserva con Jesucristo. El sentido de los votos y de la oración, el sentido de la comunidad y de la misión, no podrá menos de afianzarse y acrecentarse si logramos re-evangelizarnos a nosotros mismos. En este campo, confío en que nos ayudará la beatificación de nuestro Padre Fundador.

No habría que creer, al leer esta carta, que todo sea simple y claro para quien la escribe. Algunas cosas lo son; otras no. Todos estamos en busca de la adaptación de nuestra vida, religiosa apostólica al mundo de hoy, y yo el primero. Por eso, acogeré con mucha gratitud las sugerencias y comentarios que tengáis a bien enviarme. Esa podría ser una forma de compartir sumamente útil para la Congregación.

Nuestros amigos, los laicos

Antes de terminar, me complace evocar el recuerdo de nuestros asociados laicos, los oblatos honorarios, los miembros de la AMMI y todos los obreros evangélicos que trabajan con nosotros casi por todo el mundo. Ellos son para nosotros, y para toda la Iglesia a través de nosotros, ayudas y pilares de una dedicación incalculable. Gracias a su amistad, a su oración y a su generosidad, han surgido y se han desarrollado muchas de nuestras obrar misioneras. Tendréis la bondad de saludarlos y de agradecerse todo de mi parte, expresándoles cuánto deseo que los lazos que los unen a los Oblatos se robustezcan y los ayuden a ellos mismos a progresar en el gozo y el pleno florecimiento de su vida cristiana.

A todos os deseo una fiesta feliz el 17 de febrero. Algunas provincias han querido hacer de ese día el punto de partida de un Año Oblato, que verá la beatificación de nuestro Padre Fundador y terminará con el 150° aniversario de la aprobación de nuestras Constituciones. La iniciativa es excelente. ¡Que este año sea para todos nosotros un año de reflexión, de oración y de renovación de nuestra vocación de Misioneros Oblatos de María Inmaculada!